

camarero en el cuarto, me encontró dormido sobre una silla, apretando convulsivamente entre las manos un ramillete de violetas marchitas.

En el suelo había unas cuantas manchas de sangre, fresca aún. Sobre la mesa veíanse vacías dos botellas de champagne.

La casa de la cruz

EMILIO CARRERE

I

La calle del Sacramento es el relicario de una época. Las viejas mansiones señoriales guardan entre sus muros el alma bizarra y galante del siglo XVI, y las añosas plazuelas, y los angostos pasadizos, se pueblan por la noche de fantasmas de capa y espada. En una casa de humilde aspecto, frente al palacio episcopal, fue donde acaeció el prodigio del espadín del Guardia de Corps. Era un caballero conquistador, que tras de pasar una noche de amor con un espectro femenino, al saber que su amante fortuita no era un ser de este mundo, punzado de arrepentimiento, trocó su vistosa bandolera por el sayal franciscano. Conversión muy del estilo español de aquella edad.

Entre dos ventanas del convento de Santa María fue muerto don Juan Escobedo, muy cerca del palacio de la Princesa de Éboli. En el templo de San Justo se refugiaron muchos desgraciados, en demanda del derecho de asilo. Los sucesos dejan una misteriosa impugnación en los lugares donde han acaecido; para el que puede verla

hay una fotografía del pasado en el alma de las mansiones y de los parajes.

Yo tengo una devota afición a ese barrio del viejo Madrid, donde, cuando no pasa nadie, siento la emoción de que se han encantado los relojes y aún vivo en el corazón de los siglos pretéritos. Parece una ciudad pequeñita, que por arte de magia sobrevive al margen de la tumultuosa ciudad moderna. Muy a lo lejos se oye el tráfigo frívolo y urbano; sólo las viejas y nobles campanas, con su voz de siglos, parece que lloran saudades sobre las piedras centenarias.

Las casas tienen alma y también tienen rostro. Las zahúrdas de ciertos barrios tienen guiños canallas y muecas de golfa. Llenas de chorreones repugnantes. Las ventanas y las puertas dan exagerada expresión de vaga humanidad a los muros, y muchas calles son como hileras de cabezotas caricaturales. Los rostros de piedra de la calle del Sacramento ofrecen un gesto de señoril altivez y de noble recogimiento. Sólo la casa del Caballero guardia, con su solo balcón y sin portal, tiene un gesto tenebroso. Donde antaño estuvo la portalada, hogaño hay una cerería, en permanente penumbra, como una humilde tiendezuca de provincia castellana. ¿Cuántos años tendrá esta casa? Muchos, seguramente; casi tantos como la de Juan de Vargas, la casa costanera. Los espíritus gustan de reunirse en las mansiones muy antiguas. Por eso, el fantasma de mujer aguardaba aquella noche en el ventanuco la llegada del guardia conquistador.

En mis paseatas por esa calle, hube de fijar mi atención en otra casuca, marcada con el número cuatro,

esquina a la retorcida calle del Rollo, frente al palacio de Cisneros. Yo la he conocido siempre deshabitada, con la puerta, estrecha y alta, cerrada a piedra y lodo, con el llamador arrancado. «Es una casa ruïnosa, acaso denunciada, que la piqueta demolerá en breve; de fijo, cuando yo vuelva a pasar, la encuentre ya en escombros.» Así pensaba yo hace acaso veinte años. Pero la casa sigue en pie, siempre deshabitada, cerradas las maderas del balconaje sobre los cristales verdinegros, donde por la noche se refleja la luna como en un agua estática.

Una vez advertí que en el tejado, plantada sobre la caperuza de ladrillos, se elevaba una gran cruz de un metro de altura, de negra y roída madera. Me impresionó aquel misterioso lábaro colocado de tan extraño modo, como para proteger la mansión de los malos espíritus que, acaso un día lejano, la tomaban como lugar de cita, o acaso para recordar piadosamente que en aquel sitio murió algún cristiano a mano airada.

Pensé preguntar a don Pedro de Répide o a don Diego San José, las noticias que tuvieran de aquella casa, y si conocían su leyenda o su historia. Mientras mi buena suerte me ponía cerca de estos dos ingenios, seguí, picado por la curiosidad y por mi amor a lo maravilloso, frecuentando la vieja calle y deteniéndome como un bobo ante los muros inquietantes, o viendo cómo la alta y negra cruz se reflejaba en el claro de luna, sobre el muro medianero de la contigua hospedería —para damas poco andariegas y de buenos principios—, que se llama la casa del Perpetuo Socorro.

Era más de media noche, y aguzaba los sentidos, deseando adivinar algo de lo que ocurría o hubiere acaecido en el interior. Un poeta debe creer en lo increíble, y así no me hubiera sorprendido oír ruido de cadenas y ser espectador de la auténtica danza macabra. Realmente, yo deseaba el milagro o el cuento de brujas, con toda la buena fe de mi fantasía.

Hundía las miradas, que querían ser zahoríes, para ver en la luz astral la fotografía de los sucesos y de las gentes que la habitaron, y conocer qué drama tenebroso recordaba la negra cruz sobre el tejado.

Muy pronto me distraje en esos limbos vagos que carecen de la lucidez de la vigilia y no tienen la inconsciencia del sueño, lagunas de sonambulismo, en que el alma se nos va del cuerpo detrás de sus quimeras.

Tan ensimismado estaba, que no advertí la presencia de un clérigo que cruzaba frente a mí, envuelto en su viejo manto y con un enorme sombrero de teja, que le sombreaba casi todo el rostro. No había nadie en la calle. Las campanas viejas y evocadoras cantaron en la noche. A cada doble respondía otro bronce lejano, como si los pájaros de las torres sostuvieran un diálogo sin palabras.

El sacerdote se detuvo ante la puerta inquietadora. Entonces, un balcón de la casa se iluminó, el más alto; uno como un ojo de garita, perteneciente a un cuerpo de edificio separado del resto de la mansión.

Crucé rápidamente la calle. Quería rogar al clérigo alguna referencia acerca de la misteriosa cruz, si, como era de suponer, allí vivía. Al acercarme, con la mano en el ala del sombrero, con una inclinación cortés, el sa-

cerdote se volvió de pronto, como con sobresalto, y antes de que yo hablase murmuró con una voz triste y anhelante:

—¿Quieres oírme decir misa?

Me sorprendió la demanda tanto como la melancolía de su acento. Apenas se veía su rostro, vagamente iluminado por la luz de las estrellas. En seguida abrió con suavidad la puerta y me invitó a seguirle. Un soplo húmedo me dio en la cara, como el hálito de un subterráneo. La puerta no había crujido. Yo no vi ninguna llave en la mano del sacerdote.

II

Yo deseaba entrar en la casa. Ante lo que creemos sobrenatural nuestro ánimo desfallece de repente. El misterio tiene una atmósfera de rara electricidad, que puede enloquecernos o fulminarnos. El hombre de más bravura siente un temblor helado al dar el primer paso por el puente a cuya entrada aguarda el Horla, el fatídico fantasma de Guy de Maupassant. Era mi imaginación la que quería penetrar en la casa, como una niña que quiere oír un cuento de duendes; pero al llegar la hora de la realización, el hombre físico tenía miedo. Sin embargo, avancé, guiado por aquel raro clérigo, que iba a decir misa, a media noche, en una casa deshabitada.

Es imposible ser dueños de nuestra conciencia; una hipnosis, como un velo de polvo de plata, nos envuelve. Creemos que no caminamos con nuestro

cuerpo y que estamos muy lejos de nuestra vida vulgar y cotidiana. Viajamos en la órbita de lo absurdo, como en las pesadillas.

Sin embargo, yo me sentía despierto. La coordinación de todas mis ideas era lógica; los sucesos eran un poco extraños verdaderamente.

La oscura escalera era pina y vieja, de peldaños crujiendo, y los pasamanos se empotraban en el yeso de los muros. Las arañas colgaban sus telares de los rincones. El sacerdote iba delante de mí, y al llegar al fin de la escalera se abrió el portón silenciosamente.

—Acaso estaban esperando su llegada —dije casi en alta voz. Pero yo estaba seguro de que en la casa no había nadie, aunque procuraba dar a cuanto veía un aspecto de naturalidad.

Las puertas se abrían a su paso silente, paso de fantasma, pisada del otro mundo... En último caso, pensé, no puedo quejarme del suceso, yo que siempre he estado atisbando entre los resquicios de la puerta funeral. Si es un ser del otro plano, él me contará el misterio de la Casa de la Cruz, cosa que tanto ha deseado mi imaginación. Sin embargo, no era dueño de mí mismo. Entre el bullicio, rodeado de gente, es muy fácil sonreír a lo sobrenatural; a solas, en una casa deshabitada, en medio de la noche, con un fantasma auténtico —no con esas creaciones absurdas de las sesiones espiritistas—, la cosa era diferente.

Pero he de decir con orgullo que no pensé en huir. ¿Cómo saldría de aquella casa, cuya puerta se había cerrado tras de nosotros?

El clérigo iba atravesando salones, y yo en su pos. Las cámaras estaban adornadas con un lujo antiguo, y ningún caballero ni ninguna dama salía a nuestro paso. La luz de las bujías de colores multiplicaban sus llamas rojas, áureas, azules, en los amarillentos cristales de las arañas. Al cabo, el sacerdote se detuvo en una habitación pequeña, cubierta con negros y lúgubres tapices de terciopelo, con doradas alegorías y extraños signos. Debía ser la pieza más alta de la casa, la que se iluminó misteriosamente cuando el clérigo apareció en la calle. Unos candelabros ardían ante un crucifijo de gran valor de evocación, donde un Cristo de marfil antiguo, casi con color de carne humana y roja cabellera, recordaba los cristos trágicos que presidían los autos de fe.

El sacerdote se revistió, y con un gesto de suprema angustia, ardiéndole los ojos con un fuego extraño, con las manos temblorosas asió el sagrado madero. En aquel punto un rayo de intuición iluminó mi mente. El crucifijo estaba invertido, como era costumbre en los abominables ritos de la misa del diablo. Sin duda, aquella estancia había servido en otro tiempo como capilla de quién sabe qué tenebrosos actos de hechicería.

Pero ya el clérigo comenzaba el sacrificio, con una dulce beatitud sobre su rostro color de Luna. Una onda de incienso, de un invisible botafumeiro, llenaba el ambiente. En mis vivos oídos zumbaba la liturgia latina, como un vuelo de abejas doradas. Aquella misa, rezada para un solo fiel, que era yo, en tan extraño lugar, me hizo volver a mis años de ingenua religiosidad, sahumando mi alma como un altar de mayo, lleno de azuce-

nas cándidas. Hasta que el clérigo dijo solemnemente el *Ite misa est*.

* * *

En seguida recobró su negro traje talar y me invitó a que le siguiera.

En un aposento contiguo, sentados en dos amplios sillones de caoba, trabajada con noble arte, el sacerdote me infundió alientos con su voz dulce y como remota.

—Conocía tus deseos de averiguar el misterio de esta siniestra mansión; muchas noches he pasado junto a ti, al sonar las doce, y he penetrado en esta casa, pero tú no me has visto ni has oído mis palabras. Hace doscientos treinta y siete años que vengo, todas las noches, al sonar las doce, a decir esta misa que tú acabas de oír. Era preciso que un hombre vivo fuese testigo del milagro, para descargo de mi conciencia, cargada del más negro pecado, y para que se lo relatase a los demás hombres. Sólo un niño o un poeta podían servir a mi designio, porque éste tiene siempre encendida en su alma la lámpara de la intuición, y porque en aquel arde todavía la fe de los ángeles, sus hermanos. Tú referirás este suceso, y pocos te creerán; sin embargo, algunas almas se abrirán al prodigio, porque Dios permite que algunos hombres comiencen a ver con los ojos del espíritu.

»Los muertos podemos leer en el pensamiento de los que viven dentro de la cárcel corporal, en este mundo de los efectos y de la acción. Así leo tu gran

asombro y sé lo que piensas acerca de mí. Yo te ruego que serenes tu alma. Yo seré siempre tu amigo, y si en alguna tragedia de la vida me necesitas, invócame. Te debo un favor inmenso y glorioso. Ahora podré volar a la vida celeste. Sin ti hubiera sido, quién sabe durante cuántas centurias, una triste alma en pena, una negra larva del pecado y del horror, en el horror de las noches infinitas.

Poco falta para que el día apunte; cuando el gallo cante tendré que desaparecer de tus miradas. Los fantasmas sólo pueden aparecerse en la oscuridad; las otras almas luminosas están muy lejos de los hombres; ésas no vienen nunca a vuestro llamamiento.

Antes de que venga el día quiero contarte la tremenda historia de esta casa, y por qué esa negra cruz de madera se eleva sobre el tejado. Algo has comprendido ya. Esta historia no la sabe ningún ser vivo. La enterraron con los hombres que en ella intervinieron, en aquella época pavorosa, alucinante, de las postrimerías del reinado del pobre don Carlos II, el triste crepúsculo de los Austrias...

* * *

Yo me llamé en vida el padre Claudio de Calatrava, segundón de una noble familia manchega, doctor en cánones y capellán del caballero don Álvaro de Carvajal y Calderón, descendiente del valido don Rodrigo, que fue degollado por la garganta en la plaza Mayor de esta villa.

Don Álvaro fue soldado en Portugal y en los Países Bajos, y cuando ya tramontaba los cuarenta, se retiró a su palacio de Madrid, maltrecho el cuerpo por las heridas, y el alma por la ingratitud de los magnates que rodeaban al rey, que ni supo premiar sus proezas militares ni darle honrosa hospitalidad en la Corte, por ser su nobleza muy reciente y tener su nombre la afrenta de la muerte en patíbulo del mencionado don Rodrigo, cuyo fausto poderío y sagacidad aún no había sabido hacer perdonar el tiempo ni el suplicio.

Era don Álvaro un extraño temperamento. Aunque de principios católicos, la vida militar y sus constantes andanzas por otros países más libres de pensamiento, sembraron en su espíritu la cizaña del escepticismo. A su retorno, España le pareció en exceso severa e intransigente. La Inquisición atizaba a diario las llamas del suplicio, donde se tostaba la carne de bruja, placer muy del gusto de la reina y de su corte de frailes.

Con frecuencia discutía conmigo algún punto dogmático, en un sentido de crítica muy de este mundo, horro de la mística intuición que sabe alumbrar las más negras encrucijadas de la duda y de la herejía. Yo le amonestaba gravemente.

Don Álvaro tenía ansia de poder y de riqueza, y su carne se daba a todos los diablejos de la concupiscencia. Hubiera deseado poseer todo el oro de los galeones indianos, para humillar a la nobleza orgullosa que le repudiaba como hidalguelo sin plata, y soñaba con alcanzar el valimiento que antaño tuvo en los negocios del rey, su antepasado el Marqués de Siete Iglesias.

Ambición y sensualidad eran en él eje de su carácter indómito, y se consumía y repudriase en su oscuro vivir, sin honores cortesanos y apenas con el necesario caudal para sostener el decoro de su casa.

Era un alma desbordante, excesiva para amores y para odios. En su corazón tenía la espina de un cariño desairado, no por la dama, sino por sus deudos, que le trataron con menosprecio. Doña Ana de Montesa le guardó siempre fidelidad en sus amores irrealizables, y hasta tuvo deseos de encerrarse en un claustro.

El afán ferviente del caballero era el logro de aquel amor, al par de una fortuna quimérica que humillase al mismo don Carlos II, cuyas arcas no andaban muy sobradas a la sazón. Con oro pensaba conquistar el logro de sus deseos, y no andaba del todo a tuertas, ya que es sabido que la rodela acuñada es el moderno talismán todopoderoso de la brujería de nuestro tiempo y aun de los pasados y los por venir.

Pero ¿cómo alcanzar la riqueza sino acudiendo al propio Satanás? Y eso es en suma lo que pensó el caballero.

—Que el compadre infernal me dé lo que yo quiero, y le vendo el alma mía, de cuya existencia no estoy seguro.

Y se reía con la siniestra alegría del averno, muy contento de querer engañar al diablo.

Él hubiera firmado el terrible pacto medioeval, con la sangre de sus venas, pero en nuestra época el Diablo ya no se presentaba espontáneamente a los hombres, de noche, en las encrucijadas de los caminos. Para obligar al cornudo personaje era preciso conocer ciertas

prácticas tenebrosas, que, afortunadamente, no están al alcance de cualquier mortal ambicioso, sensual o de aviesas intenciones.

Yo venía todos los domingos a su casa a decir misa, que el caballero oía sin devoción, más por hábito y para que la servidumbre no corriera por la villa su herejía, cosa peligrosa entonces, que la Inquisición tenía ojos y oídos invisibles hasta en lo más recóndito de los hogares.

Una vez le hallé de plática con un hombre que me dijo que era su huésped. Tenía un marcado acento italiano y la más siniestra catadura que jamás viera en pecador. Llamábase Pietro Exili y acababa de llegar de la Corte de Francia, huyendo de la justicia de Luis XIV.

Exili se había arruinado en su patria, arrojando su fortuna en los crisoles y soñando con la conquista de lo absoluto, que, descendiendo del plano filosófico al físico llámase la piedra filosofal —fabulosa conquista realizada de antemano por el mallorquín Raimundo Lulio y aun por otros afortunados sabios—. Exili, como muchos orates, se arruinó en tan magna obra, pero adquirió otros conocimientos de magia negra, que en París puso en práctica para vivir, consiguiendo en plazo breve una fortuna que la justicia confiscase, envolviéndole en un célebre proceso, que le llevó a la prisión de la Bastilla, de donde se escapó de modo inexplicable.

Parece que ambos fueron excelentes compinches en la antigua vida de campaña y mostrábase muy contentos de volverse a ver. Pietro Exili quedose a vivir en la casa del caballero, de donde apenas salía, tal vez por miedo a ser reconocido y devuelto a las prisiones francesas.

Yo entonces no supe lo que ambos tramaban, y ahora ya puedo referírtelo, porque los ojos de los muertos ven en la luz misteriosa que a las cosas rodea, el grabado indeleble de los actos y aun de los pensamientos de los hombres. La historia minuciosa está escrita en nuestra atmósfera espiritual, y algunas criaturas privilegiadas pueden verla aun con los ojos de la carne...

* * *

Una noche platicaban ambos cofrades junto a la chimenea de la casona. Don Álvaro parecía hondamente perplejo y Exili le mostraba un libro viejo y extraño, que bien pudiera ser un grimorio.

—Todo lo que deseas, amor, fortuna, poderío, está encerrado en este mísero libraco. Desecha tus rancios escrúpulos, y serás el amo de esta Corte ingrata que te desprecia.

El italiano sonreía. Sus ojos grises tenían reflejos metálicos al fulgor de los leños, y su melena roja le envolvía el rostro como un airón de llamas.

—El hombre es el señor de todos los espíritus inferiores de la naturaleza. Millones de pequeñas voluntades te obedecerán si sabes ser su amo.

—¡Brujería! —interrumpió el caballero—. Patrañas de comadres, que con su charlatanería se preparan el camino de la hoguera. No creo en tus duendes ni en tus sílfides.

—Haces mal —continuó Exili—. El pensamiento es una fuerza real para lo malo y para lo bueno. Tú y yo ya

no podemos ejercer nuestras potencias sino para el mal. Es lo mismo.

—Dame una prueba de que no eres un soñador.

Nada más sencillo si tú quieres unirte conmigo. Hablabas hace un momento de brujería; pues bien, tu amigo Pietro Exili es maestro de brujos, chambelán de la embajada del Diablo y ministro de su majestad tenebrosa.

—Pero ¿tú crees en el Diablo?

—No. El Diablo no existe. Es sólo una creación del miedo de los vulgos; la antítesis de Dios, un espantajo creado por los clérigos para sustos de viejas beatas. Sin embargo, si sabes invocarle, él se presentará dándote una tufarada de azufre en las narices.

—No comprendo...

—El brujo tiene el poder de crear diablos para divertirse. Es como el titiritero de un guiñol infernal. Su pensamiento creará, con la misteriosa fuerza universal, las figuras que quiera. Es difícil que me entiendas, porque no has estudiado nada. A mí me ha costado mucho oro y muchas noches en vela. Pero tú puedes ser mi auxiliar y yo te doy mi palabra de que realizaré todos tus deseos, por muy difíciles que te parezcan. ¿No querías hacer un pacto con el Macho nocturno? Pues bien, acaba de aparecerse a ti bajo la forma de tu viejo amigo Exili. Yo sólo te pido silencio y obediencia, y que me guardes oculto en tu casa.

Después de breve pausa, prosiguió:

—Yo he venido aquí a realizar algo de mucha gravedad. La reina de España tiene contados sus días...

El caballero replicó con sobresalto:

—Pero ¿es que piensas asesinarla?

—Pietro Exili no se aproximará nunca ni verá la faz de tan augusta dama. Alguien vendrá una noche a visitarme, persona de linaje y de valimiento. Entonces cuenta tres días, y al expirar el tercero oirás doblar tristemente las campanas de Palacio.

—Pero ¿no temes morir en la horca?

—Por esto, no. Personas muy altas sabrán protegerme. Además de que mi misión consiste sólo en entregar un pomo de mis célebres *polvos de sucesión* que hicieron notorio mi nombre y llenaron de oro mi bolsa en la Corte de Francia. Alguien muy alto en el alcázar de España hace justicia a mi saber y se digna acudir a mi farmacia oculta. En París, desde el mariscal de Montmorency hasta las pobres rameritas celosas y vengativas, acudieron a la cocina tenebrosa de Maese Exili. Las pasiones y la demencia de unos; el rencor, la ambición, la lujuria frenética de un amor no realizado de los otros..., todos acudían a mí. Pero aquello fue imprudente. El veneno fluía en París como una fuente misteriosa. Las mismas queridas del rey venían a mi chiritil durante la noche, para comprarme el talismán del amor y de la fortuna, y de paso alguna droga o bebedizo mortal para sus rivales. Hasta que intervino la peste de los golillas. Me robaron mi dinero y me encerraron en la Bastilla. En España, sólo una vez haré funcionar el terrible mortero. Quiero desarrollar otros poderes más seguros que no dejan rastro...

—Y ¿no te horroriza morir en el tostadero del Santo Oficio?

—Los inquisidores son ignorantes y torpes. Echan su garra sobre las viejas locas que dicen que han visto al cornudo o sobre las monjas delirantes de castidad. Yo soy un hombre de ciencia; el espíritu del Mal me inspira; yo sabré burlar a los monjes idiotas y a los obispos fanáticos, que se pasan la vida dando hisopazos a diestro y siniestro. ¡Pronto seremos ricos y todopoderosos, y la Inquisición será nuestra esclava!

* * *

Una noche el caballero oyó los dobles funerales de la campana de Palacio. Al otro día se supo que la reina había muerto de un extraño mal, desconocido por los físicos. Desde entonces comenzó a considerar a su cofrade el italiano con una mezcla de miedo y de admiración.

El caballero estaba boquiabierto, como el vulgo de todas las épocas, ante las realizaciones de lo desconocido. Tiempo de superstición y de fanatismo fue el nuestro; veinte años empleó todo el reino en intentar sacarle los demonios del cuerpo a nuestro monarca don Carlos II. La justicia metía su nariz en todos los chiscones buscando la huella de filtros y de venenos. El pobre rey era un melancólico polichinela, ruina de un imperio y de una raza, imbécil en lo moral, impotente para la generación y el gobierno de sí mismo. El vulgo propalaba que el rey estaba hechizado y embrujado; terminó todo el reino por los filtros de la crueldad, de la estupidez y del fanatismo.

Jamás se han quemado más brujos en España; los negros inquisidores alzaban cotidianamente su pendón con la cruz verde, y las procesiones de reconciliados, de judaizantes, de contumaces y de herejes, recorrían el camino de la Puerta de Fuencarral, con la ceniza en la frente, las sogas al cuello y los amarillos cirios en la mano, envueltos en sambenitos flameantes y con la grotesca corona sobre el meollo, delirantes de horror.

Pero mientras la torva Inquisición perseguía hechiceros y hasta los creaba para satisfacción de su crueldad, la epidemia brujesca iba en aumento y no había español que no soñase con volar el sábado, caballero en una escoba. La presencia de un brujo auténtico acabó de enloquecer a la Corte. Maese Exili alcanzó muy pronto el predicamento logrado en la Corte del Rey Sol.

Alto y magro, con los ojos grises y la cabellera roja, que traía hasta el cuello de encajes, había en él mucho de repulsivo, porque su rostro de bribón era la carátula de todos sus vicios; pero una llama dominadora de inteligencia ardía en sus ojos, en medio de las cuencas cárdenas, bajo las pobladas cejas bermejas, como las de Judas. Era borracho, cínico y carnal y hereje furioso, aunque no descreído, porque él sabía que Dios existe, como lo sabe el mismo Satanás. Su placer, por oficio de brujería, era mancillar las candidas liturgias rituales. De todos modos, era hombre instruido en ciencias, buen químico y matemático y filósofo y erudito, que sabía leer en lengua de judíos y echaba las cartas como un gitano, y él mismo preparaba sus pócimas con hierbas

que él buscaba, tras de leerlas en recetarios tenebrosos que ningún médico conocía.

Esta casa en que nos hallamos fue escenario de las fiestas más escandalosas y de los más tremendos contubernios. El oro les venía en turbión, que no parecía sino que todos estaban empeñados en enriquecer al brujo y al caballero, quienes pasaban largas horas encerrados en un laboratorio subterráneo, donde un horno descomunal ardía día y noche.

Pero aunque lograban su misterioso favor de la Corte, el vulgo comenzaba a mirar esta casa y las figuras de sus habitantes con un temor supersticioso. Rara era la noche que los vecinos no despertaban espantados por angustiosos gritos, y aunque no osaban salir a la calle, que era como un pozo de tinieblas, husmeaban por las rendijas y algo lograban saber de cuanto pasaba, que al día siguiente propalaban aumentado por su fantasía.

Exili cumplía fielmente su pacto con el caballero. Con astucia, consiguió ponerse en relación con doña Ana de Montesa, y un atardecido la noble doncella vino a esta casa, arrebujaada y sin dueña, en busca de uno de los filtros de felicidad que vendía Exili, o acaso convencida, por artes de alcahuete, para celebrar una entrevista con su antiguo galán. Lo cierto es que apenas estuvo dentro de la casa, el brujo, que tenía poder en las miradas, consiguió sumir a la noble doncella en un profundo letargo. Después llamó a su amigo, el caballero don Álvaro, y le dijo:

—Aquí la tienes, más hermosa que nunca, para que sacies todo el ardor de tu deseo.

Y en seguida les dejó a solas, hundiéndose en el tenebroso seno del subterráneo.

El caballero debió de creer que verdaderamente su amigo era una encarnación de Satanás que todo lo podía.

En la estancia en sombras gozó de la plena belleza de aquella dama inerte, blanca e inmóvil, con el alma ausente, como una alabastrina estatua de un sepulcro gótico en una catedral silenciosa.

Ya era muy tarde cuando se recobró la dama. Daban las once en el reloj de San Pedro y le respondían las campanas parroquiales de San Salvador, las tristes esquilas de las monjas de Santa María y los bronces solemnes de San Andrés. La mesa del festín estaba dispuesta. Rutilaban las vajillas de rico metal y la fina cristalería, esperando los manjares y los olorosos vinos andaluces.

Grande fue el apuro de la dama, que no sabía qué embuste urdir al presentarse a hora tan desusada en su vivienda. Sus hermanos, sin duda, la buscarían por doquier, y habrían dado noticia al alcalde del crimen. Mientras buscaban una solución, la hicieron gustar del festín, a los comienzos con muy corteses exhortaciones, pero muy pronto los vinos ardientes desataron las lenguas, anublaron el magín y dieron libertad a los instintos. La dama, entre los dos bellacos, ebrios de lujuria y de licor, sufrió los mayores desmanes a su recato. Barragana fue de ambos hasta que lució el día y pudo huir, y en volandas dirigióse a la cercana iglesia de Santa María, donde la abadesa, enterada del caso y como señora de piso, la guardó hasta ver cómo la justicia castigaba a los

culpables y se justificaba con su casa el haber ido espontáneamente a la cueva de los rufianes.

* * *

Don Felipe y don Rodrigo de Montesa, en cuanto tuvieron cuenta del agravio, decidieron vengarse por su propia mano, con ayuda de sus lacayos; pero un viejo servidor de la casa, sabedor por referencia del vulgo que habían de tenérselas con gentes famadas de brujería, buscó influencias cerca del Santo Oficio, para que sus cuadrilleros echasen el garfio a Exili y a su compinche a favor de las sombras nocturnas.

Las comadres curiosas de esta calle del Sacramento, que siempre andaban a la husma de lo que acaecía en la casa misteriosa, vieron aquella noche cómo una carroza se detenía ante la puerta y que de ella descendieron una dama envuelta en un manto tupido y un hombre más joven, con el gran sombrero calado hasta los ojos, y otros dos más que con grandes muestras de acatamiento les trataban. La carroza partió al punto y el portón de la casa se abrió como si estuvieran espionando el momento de su llegada. Exili y el caballero, vestidos con gran lujo, los recibieron en el salón principal, que es éste, alumbrado con profusión de arañas y candelabros de oro. No tardó mucho en asomar por el pretil otra misteriosa carroza, que se detuvo donde la anterior y de la que descendieron unas figuras talaras muy envueltas en sus capas.

Exili y don Álvaro se adelantaron de nuevo a besar la diestra de uno de los recién venidos.

—¡Gran honor es admirar en nuestra humilde morada al ilustre teólogo fray Mauro de Tenda! —exclamó el hipócrita Exili, trazando con el busto una genuflexión que más parecía zalema morisca.

El fraile se adelantó a besar las manos de la dama y del caballero más joven, que, como indiferente a la escena, se distraía en ver el juego de la luz en los cristales de las arañas. Era de escasa talla, flaco, con el pecho hundido y las manos colgantes sobre los brazos de su sillón. Su color era amarillento como un cirio, con mostacho mezquino sobre la boca, de fino labio superior y el inferior pendía en belfo sobre la barbata de prognata, abultada y casi lampiña. Sus ojuelos eran pequeños como dos rendijas, un poco estrábicos, apagados y sin ningún resplandor de espíritu. Su gran frente, abombada, parecía el hueso de una calavera y recordaba un viejo lienzo que representa la muerta faz del valido don Álvaro de Luna, rodeado de frailes limosneros. Más era cara de difunto que de hombre vivo, y el extraño hedor de fiebre que, a pesar de las esencias, manaba de su carne, como en putrefacción, hacían del todo nauseabunda su persona, aun yendo envuelto en el lujo de su negra ropilla de terciopelo y de las joyas que le adornaban. Bajo el halda de su chapeo le caía una espesa cabellera de pelo lacio y sin savia, como el cabello de un muerto conservado en un relicario, recogida sobre los encajes del cuello, como las crenchas de una mujer. Parecía un bufón por su grotesca fealdad, pero un tinte melancólico de su rostro y lo enfermizo de todo su ser, inspiraban una dulce piedad y le daban una doliente aristocracia.

La dama hablaba con lentitud y majestad.

—Los más famosos exorcistas del reino, los más celebrados médicos, los hechiceros, los astrólogos y zahoríes, han puesto en vano su ciencia, los recursos de la religión y sus artes mágicas para saber el mal que le consume. ¿Creéis que vos podéis sanarlo, Maese Exili? Si conseguís triunfar, yo os haré grande y colmaré de oro vuestras arcas.

El estrigo respondió:

—Muy adelantado está el mal de hechicería que le han hecho, pero yo poseo recursos en mi ciencia que nadie conoce y espero que podré alcanzar la gloria de sanarlo. Ya os mandaré, señora, un pomo de un ungüento cuya receta, muy antigua, ya no reza en ningún grimorio y que yo conozco por revelación. Si hubiera sido herida, aunque la llaga estuviese roída por la gangrena, yo le curaría en el espacio de una luna.

—¡Saber maravilloso! —exclamó la dama.

—Me habría bastado que me dieseis el arma con que le causaron las heridas, y aún a distancia le sanaría, según el método oculto del gran maestro de la medicina universal, que se llamó Teofrasto Paracelso.

Exili, con su pedantería de charlatán y su aspecto profundo, sabía apoderarse del ánimo simple y supersticiosa de sus oyentes.

—Pero aquí desconocemos el origen y el instrumento que le malefició. ¡Si presumiésemos siquiera quién pudo ser la persona del brujo!

—¡Hubiera muerto descuartizada y sus miembros serían alimento de las fieras en las picotas de los cami-

nos! —exclamó la noble dama, con una voz negra de venganza y de fanatismo.

—Alguna persona autorizada afirma que le dieron la pócima en una taza de chocolate —afirmó el fraile.

—¡Quién sabe, señor, quién sabe! —dijo la señora retorciendo sus manos pálidas y enjoradas, como dos sarmientos entre las llamas.

—Razones políticas hacen presumir cuya fue la mano que le embrujó...

—Acaso... la gloriosa corona de los Luises gustaría de adornarse con el florón de España y de las Indias, Francia sería entonces la Emperatriz del mundo —arguyó el fraile.

La sangre austriaca de la noble dama, devota y señorial, empurpuró su blanco semblante de una belleza mustia, con los párpados violeta, adormecidos sobre el gris acero de los ojos, brillantes sobre su tez de azuladas palideces marmóreas.

—¿No creéis que pudiera haber sido un filtro de odio, un envolvimiento, un conjuro mantenido a distancia, que pueden hacer a un ser estéril?

—Ya sé lo que decía. Algunos hechiceros fabrican con cera virgen la contrafigura del órgano que quieren dañar, y a ciertas horas de la noche le clavan alfileres, y mientras recitan oraciones tenebrosas. Conozco todas las prácticas de embrujamiento y tengo poder para deshacerlas, y que su influencia maléfica se vuelva contra el que las creó. Pero habría que ir deshaciéndolas una por una y son innumerables.

—¿Qué podéis hacer, entonces?

Hay que saber, a ciencia cierta, quién ha hecho el hechizo y en qué condiciones. Todos los exorcistas del reino, aun su reverencia fray Mauro, maestro en tan solemne liturgia, han fracasado. Lo diré con todos los respetos. Los diablillos se han burlado de vos y de todos los obispos exorcistas.

—Se han celebrado solemnes funciones religiosas en todas las catedrales.

—Inútilmente. Cada diablo es un impostor que responde a los latines y a los hisopazos lo que mejor le parece. Al Diablo hay que obligarle a responder, y eso, yo sólo soy capaz de hacerlo.

Se había erguido de su sitio; sus ojos fosforecían y su roja cabeza terrible parecía una llama viva.

—¿Vos tenéis poder para ello?

—¡Sólo yo! —respondió con arrogancia—. El Macho nocturno nos dirá el nombre del brujo o del emponzoñador y de qué índole fue el bebedizo. Cuando os dignéis ordenarlo, señora, avisadme, porque la preparación y el ritual es largo y peligroso. ¡Considerad que no en vano un simple mortal puede peregrinar por la atmósfera plutoniana e ir a obligar al propio Emperador de las tinieblas en su mismo reino!

—¡Jesús! —exclamaron a coro todos los oyentes, sintiendo un latigazo de hielo en la espalda.

Sonó lejana la orquesta de los campanarios cantando la media noche.

En aquel punto dieron dos fuertes aldabadas en el portón.

Se oyó un gran revuelo en la casa y se apagaron las luces. Los de abajo redoblaron los golpes, mientras clamaba una voz recia y autoritaria:

—¡Abran al Santo Oficio!

Las milicias de la Fe se impacientaban y asimismo los dos hermanos de doña Ana que con ellas venían. Cuando ya iban a derrumbar la puerta, se abrió de repente y dos fámulos con farolillos les dieron entrada franca. Subieron todos en tropel, con gran estruendo de espadas y de juramentos. Un familiar, con la vara y la cruz verde bordada sobre el negro tabardo, se adelantó, y, sin destocarse, con ademán despótico requirió al caballero y a cuantos con él estuvieran para que entregasen sus armas y se dieran presos. Pero muy pronto su sombrero barrió la alfombra y con la mayor turbación hincaba la rodilla en tierra.

El fraile alemán fray Mauro de Tenda, ordenaba al confuso inquisidorcillo:

—Olvidad, Maese, lo que habéis visto y las principales personas que están ante vuestros ojos. Que esto sea como un sueño para vos, si no queréis darle qué hacer al verdugo de la villa. Y ahora, recogeos con vuestra gente, que también ha de volverse ciega y sorda, y que despejen a cintarazos a los curiosos y a los bigardos que os siguen.

Don Felipe de Montesa se adelantó a la noble dama e hincando una rodilla en tierra, exclamó:

—Señora: tengo que pedir justicia contra estos hombres.

El fraile, iracundo, le retiró, mostrándole la puerta:

—Pedidla ante el alcalde del crimen, que éste no es momento oportuno.

Cuando el tropel de cuadrilleros se alejó, llegaron las carrozas y la dama y su séquito salieron de esta casa. Más tarde, alguna vecindona husmeadora pudo oír la risa triunfal del italiano, que repercutía en el pozo negro de la noche.

* * *

Tal era la justicia de nuestra época. Los hermanos de doña Ana buscaban el medio de satisfacerse por su mano, pero no hallaban resquicio, porque los dos compinches estaban siempre encastillados en su guarida. Inquirían entre el pueblo e iban hallando rastros de crímenes inauditos.

En todo el barrio de La Latina, raro era el día que no desaparecía alguna doncella. Los padres, deshechos en llanto, acudían a la Justicia que, torpe o indiferente, no sabía hallar a las víctimas ni la huella de los criminales. En todo el mes de mayo desaparecieron cerca de veinte muchachas, la mayor de quince años. Solían pertenecer a la clase humilde de los menstrales, y sus quejas no podían atravesar las murallas del Alcázar. Parecía que el Infierno se había tragado a aquellas desventuradas criaturas. Pero el pueblo, con su seguro instinto, comenzó a señalar la casa del brujo y del caballero don Álvaro como el panteón de las desaparecidas. Les servía de guía los gritos angus-

tiosos que todas las noches se oían a través de estos muros.

Don Álvaro había logrado la cima de sus ambiciones. El rey le había nombrado coronel del más brillante regimiento de su Ejército y aún tenía la promesa de poder rehabilitar todos los títulos y preeminencias de su antepasado don Rodrigo. Tenía libre acceso a las cámaras palatinas, donde llegó a ser adulado por la nobleza que antes le desdeñaba.

Su naturaleza animal realizaba todos sus deseos, ebrio de ambición, de oro y de poder. Un orgullo satánico se apoderó de su alma. Las noches eran continuos y agotadores festines, en unión de las más célebres mujeres licenciosas de la villa. Al cabo también su espíritu se emborrachó con los placeres y el Deseo exigió más carnaza para sus saturnales. Los fornidos lacayos captados a fuerza de oro, raptaban al atardecer a las doncellas que ambulaban solas por las rúas y se las llevaban a los festines del fauno. Las mujeres, casi niñas, excitaban hasta el delirio demoníaco sus furias de pederastia, y cada noche exigía su monstruosidad fálica el sacrificio de la sangre de las vírgenes.

Algunas criaturas menores de diez años sucumbieron a sus lujurias inauditas. Después de las fiestas bárbaras y sensuales, las violadas por todas las increíbles imaginaciones de un ardor monstruoso, pasaban a poder de Maese Exili y ya nunca tornaban a ver la luz del sol.

La sangre inocente es la misteriosa esencia fundamental para la terrible obra negra. Maese Exili, archi-

brujo, sabía el valor de conjuro de la sangre y, boticario tenebroso, acaso componía filtros eficaces de un siniestro y verdadero poder, que vendía a peso de oro a los locos y a los malvados de aquella Corte imbécil y supersticiosa. El Diablo presidía las fiestas carnales de los dos compinches y la lujuria y la sangre, en fusión milenaria y terrible, eran la negra comunión de la misa del Infierno.

Don Álvaro —sencillo mortal— se revolvía en la embriaguez de todos los pecados, y sobre su cabeza se cernía el fantasma lívido de la locura y la Muerte comenzaba a cavarle el lecho eterno. Exili —brujo verdadero— sonreía a su obra, ayudado por todas las siniestras e invisibles voluntades, que pueden convertir a un hombre en una criatura sobrenatural. El sabio que abusa de su poder puede ser el emperador de todo lo creado, pero más tarde, su alma pierde la unión con la divinidad y vaga eternamente, negro vampiro en las tinieblas, hasta la total disolución de su ser. El mago negro nunca podrá ver el rostro de Dios.

Desesperados de no encontrar justicia en los aterrorizados golillas, cerrada la Inquisición —el más fuerte poder de entonces—, a sus voces de venganza, no les quedó otro recurso a los familiares de las niñas desaparecidas que, escuchando el consejo de los hermanos de doña Ana, unirse y quemar la casa de los bandidos que contaban con tan alta protección.

La tarde de un viernes se reunieron todos en el patio-cementerio de San Salvador, la más vieja parroquia de la villa. Vinieron atribuladas mujeres con mantos negros y hombres enloquecidos por la desespera-

ción. Juan Varguillas, el talabartero de la Redondilla, lloraba la desaparición de Petrusa, que apenas trece años contaba.

—Y mi Luisa, que aún no era mujer —decía Braulio, el herrero—, como un angelito, con las dos trenzas rubias por la espalda.

—Y la pobre hija mía, que iba con un cantarillo a Puerta de Moros, y ya no volvió más —plañía Blas, el hortelano.

—Y la sobrina del sacristán de las Monjas Carboneras...

—Y las dos pequeñuelas del cordelero.

—Y Julia de Vivar, la hija del capitán que está en Italia.

—¡Malditos los brujos!

—¡Ellos han asesinado a nuestras hijas!

—¡Venganza! ¡Venganza!

La turba sombría clamaba, alzando al cielo las manos crispadas. Don Felipe de Montesa exclamó:

—Yo también tengo de ellos agravios, y aun contra la injusticia de la justicia humana que los protege, yo sabré hacerles expiar sus crímenes. ¿Queréis que mañana, al filo de media noche, nos reunamos en este mismo lugar?

—¡Sí, sí! —clamó la lúgubre muchedumbre.

El caballero de Montesa sacó su espada, y sobre su cruz, todos los hombres hicieron un juramento terrible...

* * *

El caballero don Álvaro me citó aquella noche para un grave asunto de religión. Cuando llegué, me obligaron, con halagos y cortesías, a que yantase en su compañía. Confieso que el italiano me infundía un irresistible temor cuando me clavaba sus ojos, de una fascinación infernal. Aunque sin gusto, tuve que compartir con ellos la cena.

—Se trata de que toméis confesión a un niño que ha de comulgar.

Exili salió un momento y tornó trayendo de la mano a una criatura, como de siete años, todo de blanco vestido, con los ojos muy abiertos y recelosos.

—Ves, este señor cura será tu protector. No llores más, que ningún daño se te ha de hacer.

Y por lo bajo, Exili, me dijo confidencialmente:

—Es asunto de fray Mauro, que quiere hacer paje a este niño. Más tarde vendrá en su busca.

—¿Fray Mauro de Tenda, va a venir aquí? —pregunté con una pueril admiración.

—Y personas más altas todavía habréis de ver esta noche en mi casa —replicó con orgullo el caballero.

Hice lo que me pedían y el niño me abrió su alma, tan sin mancilla como el vellón del divino Cordero, y con su dulce voz me dijo las mil puerilidades de su vida inocente. Confiaba en mis ropas sacerdotales y en mi rostro de hombre honrado.

—Yo quiero que me llores con mi madre —me dijo al oído con voz temerosa. Exili le arrancó de mi lado y le dio confituras y juguetes.

Nada en el ambiente de esta casa presagiaba aquella noche la espantosa tragedia que se cernía. Las cosas

deberían de tener una voz misteriosa que nos advirtiese de la proximidad de la desgracia.

El caballero y su amigo bebían licores ardientes en sus tazas de oro. A mí me hicieron beber también hasta que me sentí envuelto en vagos vapores. No sé si fue esto o la constante mirada de los ojos del brujo lo que me hacía perder la voluntad y la razón.

Don Álvaro iba constantemente al ventanal y escudriñaba la calle. Una vez exclamó:

—¡Ya están ahí!

En efecto, oí el rodar de una carroza, que se detuvo ante la casa.

—Ya les advertí que más prudente hubiera sido venir por el subterráneo, para evitar el ser reconocidos por las comadres fisgonas.

—A estas horas todo Madrid duerme.

—Y sueña con brujas —atajó Exili, con su risa lúgubre y crepitante.

Muy pronto estuvieron los visitantes entre nosotros. Yo les reconocí al punto, y temblé de admiración y de respeto.

Desde entonces todo pasó para mis sentidos como un sueño, cargado de pesadillas, del que desperté bruscamente en el negro horror de la muerte, en el pozo de una noche sin fin, en el abismo de los que mueren en pecado mortal.

Exili me obligó al acto abominable. Me atarazó por los hombros y, clavándome sus horribles miradas, me dijo:

—Tú harás, clérigo miserable, lo que yo te ordene, porque yo soy tu amo y tú eres un reptil bajo mis plantas.

Y así hice cuanto me ordenó, como un autómeta, esclavo de su voz y de su gesto, con el alma ausente del cuerpo, habitante de un limbo extraño, de confusión y de semiconciencia. Sus ojos tenían la fascinación de las serpientes.

Subimos a la capilla, donde esta noche has oído tú la misa de la salvación de mi alma. En ricos sitios aguardaba la más alta dama del reino, muy pálida, envuelta en los negros terciopelos de su vestido. Sus ojos brillaban con un metálico fulgor y su boca parecía quemada por la fiebre. Una ansiedad inmensa exaltaba su rostro señorial y supersticioso. Junto a ella, como un pobre muñeco desarticulado, más amarillo, más grotesco, más muerto que jamás, insensible, macilento y como podrido, el espectro real de los Austrias aguardaba, con los ojillos como turbias rendijas extasiado en una visión de terror.

Exili me obligó a revestirme. Un hombre horrible y barbudo, silenciosamente aguardaba al pie del ara. El niño, todo blanco, como una azucena más del altar, se arrodilló junto a mí. En medio de la estancia había una mesa negra, guarnecida de paños negros, con las armas reales.

Todo lo veo ahora con la suprema lucidez del más allá... En el altar había un crucifijo invertido, y al encenderse las luminarias vi, con espanto inaudito, que sobre la figura del Salvador había un monstruo. Era el Baphomet de los templarios, el macho cabrío, con una luz entre los cuernos, con cuerpo de varón y pechos de mujer. Ante aquella siniestra alegoría no caí exánime porque me sostenía, con una energía extrahumana, la

terrible mirada de Exili. Tenía que obedecer, contra todas las potencias de mi alma, y comencé la misa, a tiempo que oía la voz sarcástica, que me decía:

—Anda, clérigo apóstata, miserable sacerdote, gusano de Roma, lepra del mundo, reza la misa en *loor* de Maese Leonardo.

La misa diablesca, dicha vertiginosamente, exaltaba a los extraños fieles. Exili, siniestro maestro litúrgico, me obligó a consagrar dos formas, una blanca y otra negra. Con la blanca comulgó el niño, muy pálido y aterrizado, como si presintiese...

Envuelto en una capa negra, bordada con incomprendibles alegorías, y con una espada en la diestra, el italiano, cerca de mí, me clavaba sus pupilas de infierno. Aunque no se veía, sentíale como una electricidad peligrosa que me rodeaba.

De repente oí un grito, que me entró como una espada en el corazón. Volví el rostro y vi un espantoso espectáculo. Aquel hombre siniestro que había al pie del ara, a un mandato de Exili, de un solo tajo, había decapitado al blanco comulgante. El verdugo del rey empapaba la sangre inocente, que fluía por las escalinatas del altar y empurpuraba los blancos vestidos del lindo cuerpecito sin vida.

Entonces sentí como la descarga de un rayo en mi cabeza, y caí al suelo. Dios fue piadoso conmigo y me permitió que no contemplase el rito siniestro de la sangre inocente. ¿Caí muerto por una fulminación celeste? No lo sé. Desperté en la noche negra de las almas, mucho tiempo después.

Exili recogió la cabeza de la víctima y la colocó sobre la forma negra, sobre un gran copón de oro y esmeraldas, en la mesa, vestida de negros terciopelos. Los ojos abiertos del niño, en un espanto infinito, se clavaban en la noble dama. Aquellos ojos, que se iban vidriando lentamente, aterrorizaban al pálido enfermo, cuyo mal no sabían los físicos, ni los teólogos, ni los nigrománticos. Un temblor epiléptico le electrizaba; su bello cárdeno pendía, cubierto de espumarajos verdosos, sobre los finos encajes de su cuello; las manos se crispaban sobre los brazos de su sitial, y las piernas, enflaquecidas, se trenzaban o zarabandeaban en el vacío, como el baile de un ahorcado.

El italiano hizo ante la cabeza sangrienta el conjuro supremo de Satanás. Y lo horrible, lo alucinante, lo que traspasa el límite de la comprensión humana, es que los labios se movieron y pronunciaron, con voz débil y lejana, estas dos palabras latinas:

«Vim patior».

Exili abatió la frente y murmuró:

—Señora, el Infierno no quiere ayudarnos. El mal del rey no tiene curación.

La dama se irguió fantasmal, con una pálida belleza mortuoria, y abrazó a su hijo que, en paroxismo del horror, aullaba como un niño enloquecido de miedo:

—¡Lleaos esa cabeza! ¡Lleaos esa cabeza!

Rápidamente, por el subterráneo huyeron los egregios fieles de la misa del Diablo; por el subterráneo que desde esta casa lleva al Campo del Moro, desapareció la más alta dama de la Corte y el desventurado rey de los

hechizos, tan pálido y sin vida, como estas noches de luna, al cabo de doscientos años, sale de ronda del seno de su augusta huesa del Escorial...

* * *

Apenas partieron los egregios visitantes, al dar las doce en el reloj de San Pedro, el viejo, mientras le contestaba al bronce milenario de San Andrés, las graves campanas de San Salvador y las dulces esquilas de Santa María, se oyó un rumor de voces en la calle, como un zumbido de tempestad o como un clamor sordo de mar iracundo.

Eran los hermanos Montesa, con todos los hombres y las mujeres, sedientos de justicia. Derribaron la puerta a golpes de hacha y penetraron en turbión. Al llegar a la capilla exhalaban un alarido, que rasgó como una puñalada el negro corazón de la noche. Los restos del blanco y decapitado comulgante evocaron las innumerables y pequeñas víctimas de los dos monstruos. La sangre, fresca aún, manchaba las escalinatas del ara profanada. Hojas de toledano acero, puntas de pulidos puñales, filos de hacha, hierro de picas, en una sola y formidable acometida, penetraron en el cuerpo de don Álvaro. El cadáver fue arrastrado por los puntiagudos riscos de estas callejuelas, por la justicia del pueblo, en una carrera desenfundada, hasta que salió el sol.

Maese Exili, más astuto, o acaso asistido por sus poderes tenebrosos, huyó con la agilidad de un gato montés. Los hombres le persiguieron en vano. Desde la

calle algunos le vieron sobre las tejas y oyeron su risa lúgubre y tableteante. Cuando le dispararon sus pistolas se desvaneció entre el humo negro, dando saltos inverosímiles, de tejado a tejado. Algunos aseguraban que volaba caballero en un macho cabrío.

Y en el lugar donde por última vez fue visto el brujo, la Iglesia mandó elevar una cruz de madera negra, sobre el tejado verdinegro de esta casa, para ahuyentar a los malos espíritus y para que el viandante rece por el alma de tantos inocentes, víctimas inmoladas a la más espantosa superstición.

* * *

Cuando me recobré de este relato de pesadilla, el clérigo había desaparecido, y me hallaba en la calle, absorto ante la medrosa Casa de la Cruz. Había salido el sol, que ahuyenta a los fantasmas.